

Chaouen, el azul que relaja

Custodiado por las montañas del Rif, este pueblo de Marruecos de trazado medieval se asoma como una aparición. Un oasis de calma que invita a sumarse al deporte local: ver pasar la vida desde la plaza.

Texto: Jano Remesal



Empecemos por aclarar que Chaouen, Chaouen o Chefchaouen es lo mismo. En bereber significa *cuernos*, en un guiño lingüístico a las montañas por las que parece trepar, y durante siglos fue considerada ciudad sagrada. En ella se prohibía la entrada a todo extranjero no musulmán, he aquí la razón de su inalterado callejero medieval. Y, como en la Edad Media nadie parecía pensar en los coches, el único acceso para vehículos de la medina es la avenida Hassan II, que termina obligatoriamente con nuestro vehículo descansando en el aparcamiento del Parador de Turismo. Balcones repletos de colorida colada nos dan la bienvenida, y naranjos y limoneros desafían a las frías noches de invierno en cada patio interior, la mayoría con la puerta entreabierta y sin rastro de cerraduras.

Al menos una mañana, el entorno invita al madrugón. Aquí el amanecer no llega, sobrecoge. Y no sólo por el tono azulado

que reflejan los rayos del sol mientras ahuyentan a los primeros mosquitos (“por eso las fachadas son color añil”, repiten los lugareños) sino porque Chaouen está salpicada por 17 mezquitas que siguen llamando a la oración cinco veces al día, la primera antes del amanecer. Y la mayoría con muecín a voz en grito. Se ve que, para según qué cosas, el Mp3 no resulta fiable.

No sólo de arte vive el viajero.

Mochila al hombro y a la medina (el casco antiguo, dirían en España). Especialmente en día de mercado, es un viaje al pasado. Una vez traspasada la puerta Bab Al-Ain, las empinadas calles Lalla Horra y Sharia As-Saida desembocan en la plaza de Uta el-Hamman: adoquinada, flanqueada por cafés de chilaba y cachimba y dominada por las rojas murallas de la *kasbah*, que dieron origen a la ciudad. La *kasbah* (o alcazaba, que significa refugio), linda con la Gran Mezquita y encierra jardines de estilo andaluz, el Centro de Estudios Andalusíes y un pequeño museo que merece la pena. También hay que procurar perderse por los puestos de la plaza Al-Makhzen. Ya se sabe: un par de babuchas, una jarapa y quizá una tetera. Volviendo a lo que hay que ver, la vetusta medina también acoge la biblioteca Manahil Al-Irfane y la Casa de la Cultura. No importan los horarios. Hay destinos en los que conviene encontrarse las cosas por casualidad.

Ya en la Ville Nouvelle, murallas afuera saliendo por la puerta de Bab Al-Ain, la gran iglesia recuerda que Chaouen era protectorado español no hace tanto. En

pocos lugares saben tanto de hidroterapia como en el mundo musulmán, por lo que cualquiera de los hammams que se anuncian en forma de *flyers* (como Centre Viva Form, en Rue Sidi Abdel-Hamid, o Douches Barakat) es recomendable. A la hora de comer, que aquí es cualquiera, entrantes de humus y aceitunas, un primer plato siempre muy vegetal y un potente segundo a base de cuscús o *tajin* componen el menú que hay que probar.

La sopa *harira* es tan contundente como parece, y la *pastela* (receta dulce pero salada que mezcla carne con hojaldre) y el *mechoui* (cordero asado al fuego durante horas) son los otros imprescindibles de la comida *jebli*. Eso que pica es una especia, y se llama *ras el-hannout*. También habrá azafrán, aceite de oliva y profusión de hortalizas. Estamos en una ciudad santa de un país musulmán, así que pedir que nos asen cerdo en ese horno de leña es perder el tiempo. “Besmillah” (en el nombre del señor), agradecen ellos antes de coger la comida siempre con la mano derecha.

El día debería terminar saliendo por la puerta de Bab El-Ansar para deleitarse con las vistas desde el Monte Jebel el-Kelaa, a más de 1.600 metros sobre el nivel del mar. Como jefa de expedición, alguna cabra montesa. Mientras, la oración de la puesta de sol obliga al silencio, no por cuestiones religiosas, sino porque deja boquiabierto. El naranja se vuelve rojo en un cielo que acaba convertido en colección de estrellas, y el tenue alumbrado público de Chaouen es suficiente para sentirnos como en casa. ▶



Las fachadas azules de Chaouen repelen a los mosquitos y atraen a los turistas.



► Muy cerca, una cascada se precipita sobre un río creando la fuente Ras el-Ma. Multitud de mujeres siguen lavando la ropa entre sus rápidos, y sonríen al viajero mientras sus hijos se bañan despreocupados. Entre frote y enjabone, probablemente nos hablen de Bab el-Jadem, donde se conserva un molino de agua que aún funciona. Por cierto, el agua que mana de las fuentes no sólo es potable, también fresca y cristalina.

Fauna rural. Como todo pueblecito acogedor, Chaouen tiene sus personajes famosos. Entre los mercaderes destaca Petete. Es fácil intuir que no es su verdadero nombre, pero así se hace llamar mientras recita de carrerilla frases de ese tocho con el que aprendían las generaciones pasadas en España y, al parecer, también en el Marruecos ocupado. Otro nombre ilustre es Sidi Ali Raisuni. El cronista de la villa es un hombre afable, con mirada limpia, que vive y habla pausadamente, se levanta a las 4.00 de la mañana para el primer rezo y nos pide que le

preguntemos lo que queramos. Es el anciano embajador de la Asociación Cultural Alkántara en la región, y toda una institución en la ciudad (el tratamiento *Sidi* equivale al *Sir* inglés). Su casa siempre está abierta para todo aquél que quiera saber algo más, y su precioso patio andaluz está preparado en todo momento para la siguiente gran fiesta. “Hablar de Chaouen es hablar de España. Nuestras respectivas historias no se entienden la una sin la otra”, nos dice con una voz de esas que apetece seguir escuchando.

Chaouen poco tiene que ver con el bullicio de Marrakech, Rabat o Agadir. El deporte local consiste en ver la vida pasar desde la plaza Mohamed V. Una demostración de que el estrés ha perdido la batalla. El recién llegado acaba contagiándose del ritmo pausado, y no hay por qué resistirse. Sólo las estrofas de la música andalusí y las batallitas de algún rapsoda espontáneo rompen el silencio, pero contribuyen al embrujo. En Chaouen vive la calma, y la hospitalidad del lugareño obliga al viajero a quedarse un día más. ■



PELÍCULAS *en blanco y azul*

Mercaderes, bereberes de paso y gente de la bohemia europea conviven en el microcosmos inalterable de la medina. Parece un decorado de cine y, como tal, lo utilizan cineastas españoles que pasan temporadas sacando partido a sus localizaciones. En Chaouen y la vecina cordillera del Rif se ruedan muchos filmes, sobre todo destinados al mercado árabe. Como muestra, una recomendación: Seseo Films, una pequeña productora sevillana, dispuso la técnica que ayudó a *Adiós, madres* a ser seleccionada para los Oscar en 2009. No fue nominada, pero la fotografía paseó Chaouen por salas de todo el mundo.



El colorido Chaouen es un pueblo que entra por los ojos (izquierda). Hay pocas cosas más relajantes que dar un paseo al caer la tarde o merodear por Uta el Hammam (en el centro). Sobre estas líneas, interior del hotel Hassan.

SELECCIÓN MUCHOVIAJE

Encuentra la forma que más te convenga para viajar a **MARRUECOS** en Muchoviaje.com: Vuelos, viajes programados...

Vuela a Tánger con Muchoviaje.com y encuentra las mejores ofertas **LOW COST**

DESDE 60 €

BILLETE IDA Y VUELTA + TASAS + GASTOS DE EMISIÓN POR PERSONA.

*Oferta válida para noviembre con plazas disponibles.

muchoviaje.com



Datos prácticos Chaouen

🚗 Cómo llegar

Iberia y **Ryanair** unen Madrid y Tánger a diario. Los que prefieran no subirse en un avión, pueden llegar a Marruecos con la compañía de ferrys rápidos **FRS**, que une Tarifa con Tánger en poco más de media hora a través del mar. Si no se viaja con coche propio, tanto en el puerto como en el aeropuerto de Tánger es posible alquilar un taxi. En dos horas (dependiendo del tráfico pesado) estaremos en Chaouen.

🏠 Dónde dormir

Establecimientos aceptables y baratos son el hotel **Andaluz**, tan céntrico como poco luminoso, o el hostel **Guernika**,

regentado por una pareja de españoles. Si buscas un nivel medio, podrás optar por el hotel-boutique **Dar Meziana** o por **Casa Hassan**, con hammam incluido. Pero quizá merezca la pena invertir algo más en el hotel **Atlas Riad Chaouen**, un lujoso hotel-museo-spa encaramado en una colina, o en el hotel **Ksar Aladin**, que ofrece unas increíbles vistas sobre la medina.

🍴 Dónde comer

Alrededor de la plaza Uta el-Hammam se agolpan varios restaurantes con una relación calidad-precio muy apetecible. La terraza del **Al-Kashba** es quizá la mejor opción si lo que andamos buscando es cocina

marroquí. **La Lampe Magique** (Tel. 039 40 64 64) aprovecha un antiguo palacete restaurado y garantiza una cena sublime, sobre todo si subimos a su azotea bar. Como curiosidad, el restaurante **Les Raisins** (tel. 039 98 86 41, calle Sidi Sifri) a menudo aparece cerrado, pero en la puerta cuelga un cartel con el teléfono del *chef*, que acude raudo a la llamada del viajero.

🍷 Dónde beber

No está mal visto que los turistas pidan alcohol, pero no lo sirven en todas las tabernas. Pedir una cerveza o una copa en el Hotel **Parador Bar** (un vestigio del pasado español enclavado en la plaza Al Makhzen)

o en el bar **Oum-Rabia** (avenida Hassan II) es apostar sobre seguro.

🌐 Falsas creencias

No es necesario vacunarse, sacar visado ni contratar un guía. Se habla tanto español como francés, por su pasado colonial y el gran número de españoles que se han instalado en la ciudad. Chaouen es muy segura y aunque es cierto que en los alrededores hay plantaciones de marihuana, no se ofrece insistentemente por las calles, ni la policía marroquí desconfía de los turistas. Sí, hay que regatear. Ya sea en euros o en dirhams marroquíes, lo dictan las costumbres locales (100 dirhams son 9 €).